

José Gabriel Chueca

Entrevista

jchueca@peru21.com



Acaba de cumplir 40 años como actor y los celebra sobre las tablas, protagonizando *Visita al Ermitage*, de Hernán Morote, bajo la dirección de Ruth Escudero. Hernán Romero interpreta a un guía que, en la Leningrado sitiada, ofrece visitas a un museo del Ermitage vacío. Sin duda, un papel a su altura.

Hernán Romero

ACTOR

“Para el actor, los nervios son garantía de vitalidad”

“La primera vez que fui al teatro, cuando era niño, me llevaron casi a rastras. Pero cuando vi esa cajita de ilusiones, cambié completamente de opinión y empecé a pedir que me llevaran. Ya cuando era jovencito, iba solo al teatro, pero nunca imaginé que iba a ser actor”, recuerda Hernán Romero. Hoy comienza *Visita al Ermitage* y se notan los síntomas del estreño inminente.

¿En qué colegio estudió?

Acabé en el Leoncio Prado. Yo pedí estar ahí, y son los recuerdos más gratos que tengo: magníficos compañeros. Una experiencia fuerte, pero éramos aguerridos y muy buenos amigos.

¿Y por qué pidió entrar ahí?

Lo mismo dijo mi papá, ‘¿qué?’. La verdad, no sé por qué quería ir. Quizá me interesaba saber cómo era la vida militar, pero tres años fueron suficientes. Entonces, ingresé a la Universidad Católica, a Letras, para estudiar Derecho, pero me encontré con el teatro. Empezamos a hacer montajes entre los alumnos y, después, la universidad nos contrató un profesor, que era un muchachito que venía de estudiar del Real Conservatorio de Arte Dramático de Madrid: Ricardo Blume.

Ustedes fundaron el TUC, el Teatro de la Universidad Católica.

Claro. Él nos enseñó desde cómo pararnos en un escenario, disciplina, respeto, amor por el trabajo, dignidad...

Lo que ha mencionado no tiene que ver con técnicas de actuación...

Sino con actitud de vida. Bueno, el teatro es vida. La profesión de actor es una profesión de docencia humana. Si uno no es un ser humano competente, menos puede serlo como actor. Uno tiene que ser consecuente con sus principios, lo que se expresa en el escenario, donde uno está desnudo.

¿Cómo era el TUC al comienzo?

En la primera clase estuvimos 160 y hoy quedamos cuatro: Chiarella, Ruth Escudero, Marco Leclerc, que ya falleció, y yo.

Y usted iba a ser abogado...

Autoficha

La primera vez que fui al teatro, cuando era niño, me llevaron casi a rastras. Acabé la secundaria en el Leoncio Prado. Tengo una hermana; ella cantaba de chiquita, pero no es artista, ahora es una señora ‘normal’ (ríe). Ricardo Blume nos enseñó desde cómo pararnos en un escenario hasta disciplina, respeto, amor por el trabajo, dignidad... En esa primera clase comenzamos 160 y hoy quedamos 4 haciendo teatro. Un papel muy grato para mí fue *Velaochaga*, de *Sin compasión*, de Lombardi, un decadente, de vuelta de todo... y al final se mata. Estoy casado; tengo dos maravillosas hijas.

Una persona seria. Cuando voy a una oficina pública y me preguntan mi ocupación, digo ‘actor’. Y me dicen, ‘no, señor. ¿En qué trabaja?’.

¿Y qué fue de ese destino?

Uy, cuando lo dije en casa fue un terremoto. Mi papá puso el grito en el cielo: ‘¡Te vas a morir de hambre! ¡Los actores son bohemios! ¡Maricones!’. Qué se yo. Y, bueno, no soy ni lo uno ni lo otro. Me acuesto temprano, aunque de vez en cuando tomo una copa, pero sin emborracharme. Soy una persona absolutamente normal.

¿Nunca tuvo la tentación de hacer otra cosa más rentable?

No. Nunca quise ni quiero hacer otra cosa. Para esto nací y en esto moriré.

¿Siempre ha vivido en Barranco?

Sí. Desde la infancia. De las épocas en que Barranco era chacra. Uno se levantaba en la mañana y olía a tierra recién regada. Yo iba a los baños de Ba-

rranco en funicular. Había cascadas. Por eso se llama Costa Verde, porque el agua de regadío que venía de San Roque, Chama o Surco se filtraba y salía por el acantilado, poniendo todo verde. Cuando urbanizaron se secó y quedó el despeñadero que es ahora.

Ha cambiado mucho...

Todo cambia. Creer que las cosas deben permanecer iguales es no progresar. La actuación también cambia. Los estilos de la dramaturgia son diferentes que hace 50 años. Ahora tenemos un estilo de vida distinto, más rápido, y por ello los tiempos en el escenario lo son también.

Usted ha trabajado en cine y TV. Recuerdo este papel en *No se lo digas a nadie*, el padre del protagonista, un blanco racista...

Machista... yo he conocido gente así. Algún tío mío era así. Tuve gente muy cercana a mí con esa conducta; por eso no me fue difícil hacerlo. Un papel que fue muy grato para mí fue *Velaochaga*, de *Sin compasión*, de Lombardi, que era un decadente, un poco como que se reía de sí mismo, de vuelta de todo, le gustan las mocosas y, al final, se termina matando. Tengo buena química con Lombardi.

La historia del personaje que interpreta ahora se basa en hechos reales...

Claro, Pavel Filipovich existió y dio visitas guiadas en el museo del Ermitage con las paredes vacías, describía los cuadros sin que estos estuvieran.

¿Una forma de escapismo?

También. Nos preguntábamos qué hubiera pasado si Pavel hubiera salido del museo y hubiera visto la ciudad bombardeada, los cadáveres congelados... habría muerto.

¿Nervioso antes del estreno?

Claro. Actor sin nervios no funciona. Como que torero sin nervios es torero muerto. Los nervios son garantía de vitalidad. Si no los hay, estamos fritos.

¿Y el dolor de barriga?

No tanto. Ahora me está doliendo el pie. Siempre me duele algo distinto.



JOSÉ GABRIEL CHUECA